

# UN FRESCOR INCONFUNDIBLE

Una  
historia de  
Tenok Pol



se

MIGUEL ÁNGEL ALONSO

Lectulandia

Castronovo es un planeta relativamente pacífico, en el que la arqueóloga Lorna Weber ha encontrado la felicidad junto a Vidal Conti. Cuando este desaparece, solo el edil del Cuerpo Tenok Pol puede encontrarlo, pero estará todavía vivo... ¿o muerto?

*Un frescor inconfundible* recupera a Tenok Pol, el zor-huano presentado en *La cosmonave perdida*, y lo mete en un misterio en el que hay más de lo que aparenta a simple vista. ¿Qué papel juega el hermano de Lorna en todo el asunto? ¿Cuál es la relación entre ambos que su hermana desconoce? ¿Por qué querría nadie hacer daño a un químico molecular rechoncho y desaliñado?

Lectulandia

Miguel Ángel Alonso Pulido

# Un frescor inconfundible

Una historia de Tenok Pol

ePub r1.0

Titivillus 24.11.2018

Título original: *Un frescor inconfundible*  
Miguel Ángel Alonso Pulido, 2018

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Nota del autor

El universo de ciencia ficción creado por Miguel Ángel abarca una serie creciente de novelas y relatos que muchas veces tienen lugar simultáneamente, por lo que para los lectores que se adentran por primera vez en su obra, puede ser necesaria una guía de lectura.

Aunque la mayoría de las historias aquí nombradas puede leerse de forma independiente y en el orden que al lector le parezca, hacerlo de manera ordenada permitirá disfrutar al máximo de su lectura.

### Ciclo de la Unión

- *El encuentro*
- *La cosmonave perdida*
- *Un frescor inconfundible*
- *Código negro*
- *Traición en el Gran Consejo (La amenaza treyana 1)*
- *Proyecto Armagedón (La amenaza treyana 2)*
- *Asalto en Kanar III*
- *Prisioneros del futuro (La amenaza treyana 3)*
- *La guerra del ayer (La amenaza treyana 4)*

Sentada en el suelo del dormitorio, Lorna Weber contuvo las lágrimas y revisó su *pad* por enésima vez en los últimos diez minutos. Seguía sin recibir una respuesta de su marido a ninguno de los múltiples mensajes y llamadas de las últimas dos horas y su estado seguía siendo «Desconectado de la Red». Pulsó su código de llamada y escuchó, una vez más, el tono que le avisaba de que Vidal Conti no estaba disponible. Sin poder evitar ya el llanto, dejó otro mensaje en su buzón.

—Vidal, cariño, ¿dónde estás? No has aparecido en el trabajo, estoy muy preocupada; llámame, por favor, necesito saber dónde estás. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Lo siento... No quise herirte... Solo llámame...

Necesitó unos minutos más para serenarse después de aquel mensaje. Notaba como la tensión estaba minándola. En la mañana habían desayunado y visto las noticias en silencio; Lorna se había marchado primero, como cada día, a trabajar en la excavación arqueológica de Fuenteañil. Se habían despedido no con un beso, como siempre, sino con un simple «Hasta la noche». Vidal estaba enfadado, pero Lorna sabía que se le pasaría, solo tenía que dejarle su espacio.

Un zumbido sostenido, el timbre de la puerta, le despertó de su ensoñación. Se levantó y activó rápidamente la pantalla del sistema domótico que tenía en la mesilla, con la esperanza de que fuera Vidal. Pero no era él, sino su hermano mellizo Morrison. Abrió la puerta de la casa y salió a su encuentro, secándose las lágrimas.

—¡No sabes cuánto me alegro de verte, Morris! —Se fundió en un abrazo con él; una simple mirada a sus rostros dejaba bien claro el parentesco entre ambos, a pesar del contraste entre la esbelta figura de cabellera negra de ella con el físico culturista y pelo rapado de él—. Vidal ha desaparecido, no sé dónde puede estar, creo que se ha ido, que me ha dejado, o igual le puede haber pasado algo...

—Tranquila, Lor, tranquila. —Morrison acarició el cabello de su hermana mientras la apretaba contra sí—. No sé qué ha pasado, pero Vidal no habría desaparecido sin más. Yo te ayudaré, hermanita.

—Gracias, Morris. No sé qué hacer, cuando he llegado del trabajo, Vidal no estaba y su *pad* no contesta, y aparece como desconectado de la red, y...

—Espera un momento, Lor. —Morrison llevó a su hermana hasta el salón y se sentó junto a ella en el sofá—. Ahora cálmate y cuéntame todo lo que ha pasado.

—Hoy he llegado antes a casa desde la excavación; encontramos unos artefactos muy interesantes en la sima cuatro y hemos decidido descansar un poco para mañana dedicar el día completo a extraerlos sin dañarlos. Con la excitación del hallazgo, ni

avisé a Vidal; he llegado a casa a las tres, y no había nadie. Estuve duchándome y después le llamé, pero fui incapaz de conectar con su *pad*, así que llamé a su despacho en la universidad. ¡Pero la IA que me atendió me dijo que Vidal no había aparecido en todo el día! Desde entonces, he probado a llamarle una y otra vez, pero nunca contesta, y sigue desconectado... y yo ya no sé qué hacer...

La mujer ocultó su rostro entre las manos y volvió a llorar, mientras su hermano le frotaba la espalda. La tristeza por el estado de su melliza era evidente en su rostro, y se mordió el labio inferior mientras trataba de consolar a su hermana. Después de unos minutos, Lorna se calmó y miró a su hermano con los ojos enrojecidos.

—¿Qué voy a hacer, Morris? Si Vidal no está, me muero...

—Todo saldrá bien, hermanita. ¿Lo has denunciado al Cuerpo?

—Sí, antes de llamarte, hablé con la central del Cuerpo en el continente sur. Me dijeron que mandarían un edil lo antes posible.

—Lo has hecho muy bien, Lor. Ahora quédate aquí mientras te preparo un té, y los dos juntos esperaremos a que llegue el edil ¿de acuerdo?

Lorna asintió sin palabras y vio a su hermano dirigirse a la cocina. Aquel hombre musculoso vestido con un traje caro tenía ya muy poco que ver con el joven que fue, con aquellos mellizos delgados y tímidos, centro de todas las burlas en la escuela. Habían superado aquella etapa y habían encontrado la felicidad, cada uno a su manera: para Morrison había sido su trabajo como instructor de gimnasio y para ella había sido la arqueología. Castronovo era un planeta con un pasado muy rico, y a Lorna le apasionaba el estudio de las civilizaciones que habían vivido en él. Así fue como conoció a Vidal...

Nuevamente, el sonido del timbre le arrancó de sus cavilaciones. Se dirigió a la puerta, sin molestarse en conectar el sistema domótico para ver quién llamaba. Por eso, dio un paso atrás por la sorpresa al ver a un zor-huano en su jardín, abriendo y cerrando sus colmillos mientras los limpiaba con dos de sus extremidades. Tenía una bandolera plagada de bolsillos cruzada sobre su cefalotórax, y sobre ella, una placa con la balanza símbolo del Cuerpo.

—Saluciones. Soy Tenok Pol, edil del Cuerpo asignado a su caso. ¿Es usted Lorna Weber y ha denunciado la desaparición de su marido Vidal Conti? Por favor, no verbalice su respuesta. Estoy practicando la interpretación de las inclinaciones de cabeza de los humanoides. Me servirá como ejercitación.

Lorna se quedó parada por unos instantes, sorprendida por las palabras del edil. Se fijó en que el aracnoide solo tenía siete patas en vez de las ocho habituales en su especie y, extrañamente, eso le recordó a Vidal y el día en que se conocieron. Una sonrisa afloró a su rostro y el zor-huano se alzó sobre sus siete patas, intrigado por su reacción.

—Debo pedir disculpaciones, desconozco cómo interpretar su gesto.

—No necesita disculparse, Tenok Pol. Sí, soy Lorna Weber y he denunciado la desaparición de mi marido. —La sonrisa se desvaneció—. Menos mal que está aquí,

necesito su ayuda. ¡Tiene que encontrarlo!

—Haya paz y sosiego, Lorna Weber. Haré todo lo que esté dentro de mi posibilidad de actuación para hallar a su marido. Pero antes necesito todos los datos que tenga. ¿Puedo penetrar en su morada?

Lorna se apartó para dejar paso al aracnoide y este pasó de costado por la puerta, encogiéndose sus extremidades. En aquel momento, apareció Morrison con una taza de té en la mano.

—Morris, este es Tenok Pol, el edil del cuerpo que ha venido a investigar la desaparición de Vidal. Tenok, este es mi hermano Morrison —dijo Lorna.

—Saluciones, Morrison Weber. ¿Estaba usted presente en el instante de la desaparición de Vidal Conti?

—¡Por supuesto que no! —contestó, ofendido—. Estaba en mi gimnasio trabajando, puede preguntar a mis empleados si quiere.

—Debo pedir disculpaciones, no quería hacer la insinuación de que usted tuviera algo que ver con el suceso que nos ocupa. —Tenok cerró la puerta suavemente tras de sí—. Pero luego lo cuestionaré al respecto, me parece bueno que tenga coartada.

—¿Cómo se le ocurre decir que mi hermano está implicado? —preguntó Lorna.

—No he dicho eso, Lorna Weber, no ponga palabras en mi aparato bucal que no he pronunciado. Tan solo cuestioné a su hermano, pero creo que no hice una expresión correcta. En cualquier caso, es irrelevante. ¿Hay algún lugar donde podamos conversar y que usted se sienta cómoda?

—Sí, pasemos al salón. —Lorna se fijó que en el hueco que debía estar la octava pata de Tenok solo había un pequeño muñón—. ¿Puedo preguntarle algo, edil? ¿Cómo perdió su extremidad?

—Un asunto concerniente a una cosmonave perdida —respondió Tenok—. No es relevante para esta investigación, Lorna Weber.

—Oh.

Lorna se sentó en el sillón, mientras tomaba un poco del té que le había hecho su hermano. El salón de su casa era amplio, pero no estaba preparado para la visita de un zor-huano adulto y Tenok optó finalmente por posarse con sus extremidades dobladas en el suelo frente a Lorna. Morrison había ocupado una silla y los observaba desde el extremo del salón. El aracnoide colocó en el suelo un grabador que extrajo de los bolsillos de su bandolera y comenzó a hablar.

—Informe del edil senior del Cuerpo Tenok Pol, número de identificación 114.987.78X-Beta. Me encuentro en el domicilio de Lorna Weber. —Se dirigió a ella—. ¿Su número de identificación, por favor?

—817.641.68R-Epsilon.

—Muy agradecido. Lorna Weber ha denunciado la desaparición de su marido Vidal Conti, catedrático de química molecular en la universidad de Alcoria, del que se desconoce el actual paradero y circunstancias. Según los sucesos relatados por Lorna Weber en su llamada, el desaparecido no ha acudido a su lugar de trabajo en el



día de hoy. Una comprobación con la universidad ha dado verificación de esos hechos. A instancias del cónsul del Cuerpo en Castronovo, se me ha asignado la tarea de localizar a Vidal Conti.

—¿Has llamado al tío Neil? —interrumpió Morrison—. ¿No decías que habías hablado con el cuartel del Cuerpo nada más? No puedo creerlo, Lorna; tú, que siempre has sido tan honesta y nunca has querido aprovecharte de la familia.

—¿Y qué podía hacer, Morris? Vidal puede estar perdido en algún lugar o aún peor, muerto. ¡Si estuvieses enamorado, tú también llamarías al tío Neil!

—Si lo hiciera, seguro que habría conseguido un edil más capacitado para que me ayudara —dijo Morrison, sin disimular su desprecio.

Tenok observó a Morrison y luego a Lorna antes de hablar.

—El parentesco de Lorna Weber con el cónsul del Cuerpo Neil Weber es irrelevante para este caso. Mis órdenes han sido claras: tengo que realizar el hallazgo de Vidal Conti, y en ello voy a aplicar todo mi empeño. El cónsul Weber no me habría asignado para esta labor si no tuviera completa confianza en mis cualificaciones. Es mejor que no haga insinuaciones sin fundamento, Morrison Weber; se lo digo coloquialmente, no me motive a hacer uso de mi cargo.

El aludido se revolvió en su silla, con cuidado para no arrugar su caro traje, y permaneció callado. Tenok ni se había girado para hablarle, concentrado como estaba en Lorna. Durante los siguientes minutos, la mujer repitió la historia que había contado a su mellizo: su llegada a casa, el descubrimiento de la ausencia de su marido, las llamadas al *pad* y a la universidad... El aracnoide no dijo nada mientras Lorna se explicaba, limitándose a observarla hasta que terminó.

—Una cuestión, Lorna Weber. ¿En la jornada de hoy se ha producido alguna diferenciación con respecto a otros días? Puede ser cualquier cosa, cualquier insignificancia. Haga una examinación de sus memorias, por favor.

—Mmmmm... —Lorna cerró los ojos por un momento, pensando—. Me da vergüenza, pero...

—No tenga vacilaciones en decirlo, Lorna Weber. Aunque parezca una trivialidad, puede ser de ayuda.

—Ayer tuvimos una discusión. En los últimos meses andaba como distraído. Cuando estaba en casa, le notaba con la mente ocupada en otros asuntos. Muchos días volvía tarde de su laboratorio en la universidad y no me daba explicaciones; al principio no le daba importancia, pero anoche llegó tarde, y volvió a responderme con evasivas. —Lorna sujetó la taza de té con las dos manos mientras bebía un sorbo—. Estallé, no hay otra palabra. Le dije cosas muy duras y él se quedó callado delante de mí, diciendo «lo siento». Amo a ese hombre, pero a veces me pone furiosa. Me fui a la habitación y cerré la puerta, no quería saber nada de él. Esperaba que viniera a explicarse o algo, pero no hizo nada. Por la mañana me levanté y estaba dormido en este sofá. Ya no estaba tan furiosa pero ahora era Vidal quien estaba enfadado. Lo sé porque siempre se queda callado cuando se enfada; dice que su sistema necesita

procesar el enfado para eliminarlo. Yo no estaba de humor tampoco, así que desayunamos en silencio y luego me fui a trabajar a la excavación. —Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Ni siquiera me despedí de él...

—¿Se había producido alguna discusión parecida en el pasado? —preguntó Tenok.

—Nunca de este calibre —respondió Lorna, limpiando sus mejillas con el dorso de la mano—. Cada vez que hemos tenido un malentendido, hemos sido capaces de solucionarlo hablando, una vez que nos hemos calmado y casi siempre por cuestiones domésticas, que Vidal era un desastre en casa. Nuestro matrimonio nunca ha sido conflictivo.

—¿Cuánto tiempo llevan unidos?

—El mes que viene haremos cuatro años casados. —La mandíbula de Lorna tembló y sus ojos se llenaron de nuevo de lágrimas.

—¿Es necesario este interrogatorio? —estalló Morrison—. Mi hermana está sufriendo y sus preguntas no le ayudan en nada. ¡Debería estar ahí fuera buscando a Vidal y no atormentarla con sus preguntas!

—Morrison Weber, esto es la investigación de una desaparición, no un interrogatorio, y como edil senior del Cuerpo tengo cualificaciones más que suficientes para llevarla a cabo. Si necesitara indicaciones, consultaré a mis pares o a mis superiores; en ningún caso será usted el consultado, así que absténgase de hacer recomendaciones sobre mi proceder en esta investigación. —Tenok estiró sus extremidades y se levantó, recogiendo el grabador—. Pero no está errado en su apreciación: Lorna Weber se encuentra en una situación emocional compleja. Más tarde procederé a la finalización de mi cuestionamiento, ahora examinaré la residencia. Permanezcan aquí, por favor.

El zor-huano guardó el grabador en uno de los bolsillos de su bandolera y sacó en rápida sucesión otros tres objetos de la misma: un capturador de imagen, un sensor de amplio espectro y un *pad* en el que poder analizar los datos recopilados con los dos primeros aparatos. Sin mediar palabra, comenzó a examinar el salón, moviéndose de un extremo a otro con cuatro extremidades encogidas.

Tenok se aproximó a una tridimagen que estaba en la mesa y usó el capturador para copiarla. En ella, aparecían Vidal y Lorna, junto a Morrison, sentados en torno a un fuego en el campo, con dos de las tres lunas de Castronovo visibles en el firmamento nocturno. Un observador humano se habría sorprendido de que un hombre rechoncho y desaliñado como Vidal estuviese con una mujer tan elegante y esbelta como Lorna. Si Tenok se dio cuenta de ello, no dijo nada.

—¿De qué época es la datación de esta tridimagen? —preguntó.

—Es de hace diez días —contestó Lorna, secándose las lágrimas—. Morris nos invitó a pasar la tarde en el campo, en la finca de uno de sus alumnos. Lo pasamos genial, hasta que el pobre Vidal se torció el tobillo cuando nos adentramos en las rocas.

—Tuve que cargar con él hasta la casa, no fue ningún problema —dijo Morrison, sonriendo mientras movía sus músculos pectorales, hasta que se dio cuenta y paró—. Esa tridimagen la tomamos en la noche, antes de volver. Si se fija, verá que Vidal tiene el pie vendado.

El edil examinó la tridimagen con atención, desviando la mirada primero hacia Morrison, luego hacia Lorna y de nuevo hacia Morrison. Este bajó la vista, evitando mirarlo, y se levantó para dirigirse al sofá junto a su hermana. Lorna se había calmado y observaba cómo Tenok se desplazaba por la habitación. La gracilidad y economía de movimientos con la que se movía la tenían fascinada; tanto, de hecho, que cuando Tenok preguntó por la habitación de matrimonio tardó en responder, pues se había abstraído por completo. Le indicó dónde estaba con un gesto y el edil del Cuerpo desapareció, dejando solos a los mellizos.

—¿Estás bien, Lor? Si este aracnoide te molesta con sus preguntas, me encargaré de echarlo yo mismo. —Morrison apretó las manos y sus bíceps se tensaron bajo la chaqueta de su traje—. En vez de buscar a Vidal, solo se dedica a molestarte y hacerte llorar.

—Te lo agradezco de verdad, Morris, pero será mejor que le dejemos hacer su trabajo. El tío Neil no lo habría enviado si no fuese uno de los mejores.

—¿Uno de los mejores? —Morrison bajó la voz a un susurro—. ¡Si ni siquiera sabe hablar bien! Dudo mucho de que sea capaz de manejar los aparatos que lleva.

—¡Morrison!

—¡Es verdad! Los zor-huanos son muy raros. Hace poco, hubo uno inscrito en el gimnasio y lo único que usaba era el muro de escalada, una y otra vez. No se relacionaba con nadie y tenía el mismo modo extraño de hablar. Un día desapareció por completo y nunca supimos más de él. Al menos tenía las ocho patas, no como este lisiado.

—Hermanito, a veces eres un completo idiota. —Lorna sonrió—. Estaría de paso en el planeta y se marcharía después de un tiempo, nada más que eso.

—Escúchame, Lor. Es mejor que no confíes en este edil. Me da mala espina.

—¡Cállate, tonto! Ahí regresa.

El zor-huano apareció de nuevo en el salón, guardando todos los aparatos en los bolsillos de su bandolera. Apenas había estado unos minutos examinando la casa y Lorna comenzó a pensar que igual su hermano tenía razón. Vidal había desaparecido y, aparentemente, aquel aracnoide se conformaba con una inspección superficial.

—He concluido mi examinación de la residencia. Lorna Weber ¿ha echado en falta algún objeto de la casa? ¿Todas las cosas están en su lugar designado?

—Supongo que sí. La verdad es que no me he puesto a revisar la casa. Cuando llegué, apagué el bot limpiador, que se había quedado casi sin carga, y busqué a Vidal por todas las habitaciones, pero no me dediqué a hacer inventario.

—Concuerta con mis observaciones; he comprobado que el bot se encuentra en su estación de recarga. —Si el edil había notado el sarcasmo en la voz de Lorna, no

dejó que se notara—. ¿Conoce usted si existe algún motivo por el que Vidal Conti quisiera abandonar esta casa?

—¡No! Ya se lo dije antes. Nuestro matrimonio va bien y no sé por qué ha desaparecido mi marido. Puede que hayamos tenido problemas, pero nada que no podamos superar... nos amamos y eso es lo que importa...

Morrison se levantó y se interpuso entre Tenok y su hermana.

—Ya es suficiente, edil. Creo que es mejor que mi hermana descanse un poco y que usted se dedique a buscar a Vidal, en vez de molestarla con sus preguntas.

La presencia musculosa de Morrison podría haber resultado intimidante para otro ser humano, pero Tenok se limitó a observarlo moviendo sus colmillos.

—Existe la posibilidad de que tenga razón, Morrison Weber —dijo tras unos instantes—. Quizás debería examinar el despacho de Vidal Conti en la universidad, es posible que haya algún indicio de su localización. Puede que pase también por el gimnasio donde trabaja usted.

—¿Y para qué?

—Usted me dijo cuando entré aquí que en el instante de la desaparición de Vidal Conti, se encontraba, y cito, «en el gimnasio, atendiendo a mis alumnos, puede preguntarles si quiere». ¿No tendrá un problema con ello, Morrison Weber?

—No, desde luego que no.

—Eso suponía. —Tenok se dirigió a la salida de la casa—. Lorna Weber, debo solicitarle que permanezca usted en esta residencia y con su *pad* activado, por si necesito inquirirle sobre alguna cuestión más. Sería deseable que Morrison Weber también permaneciera aquí.

—Está bien, edil —dijo Lorna mientras se levantaba del sofá para despedir a Tenok—. Nos quedaremos aquí y esperaremos a que nos llame. ¡Pero encuentre a Vidal por favor!

—Si soy capaz de hacerlo, lo haré, Lorna Weber. —Tenok abrió la puerta y salió al exterior—. Estará usted informada de todas mis pesquisas. Saluciones.

Morrison se adelantó y cerró la puerta detrás del edil. Lorna pudo apreciar en su rostro la satisfacción por la marcha de Tenok y, aunque no compartía la desconfianza de su hermano por los zor-huanos, sí tuvo que admitir que la forma de trabajar del aracnoide no le había inspirado ninguna confianza.

Pero Vidal seguía desaparecido y eso era lo único que le importaba. La tristeza la inundó de nuevo; a pesar de que todos decían que eran una extraña pareja, Lorna amaba sinceramente a Vidal y sufría con su pérdida. Morrison se adelantó y la abrazó, y Lorna se abandonó en los fornidos brazos de su hermano, rompiendo a llorar. ¿Qué iba a hacer sin Vidal?

Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada y permanecieron inmóviles. Cuando Lorna se calmó, alzó la vista y vio el dolor en los ojos de su hermano. Aquello le confortó. Saber que su mellizo compartía su dolor le unía más a él y lo

hacía más llevadero. Cuando abrió la boca para hablar, el timbre de la puerta sonó nuevamente. Morrison soltó a su hermana y abrió: allí estaba el zor-huano.

—Saluciones, Morrison Weber.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Tengo un par de cuestiones adicionales y he preferido regresar y hacerlas cuanto antes.

—¡Si lo que pretende es volver a hacer llorar a mi hermana, será mejor que...!

—Haya paz y sosiego, Morrison Weber. Mis cuestiones son para usted.

—¿Yo?

—Sí, para usted. Como dicen ustedes los humanoides, tengo una sensación en mis vísceras y debo someterla a verificación.

—¡Verifique lo que tenga que hacer y márchese! —gritó Lorna desde dentro de la casa.

—Ya ha oído a mi hermana, edil. Pregúnteme, pero quiero que sepa que mi tío, el cónsul Weber, va a saber de esto.

—Se lo agradezco, Morrison Weber, estoy seguro de que su tío tendrá mucho interés en las palabras que usted vaya a formular. En cuanto a mis cuestiones, son muy simples. Hay un hecho que no encaja en el cuadro de personalidad de Vidal Conti. Lorna Weber hizo la afirmación de que su marido era «un desastre en la casa». En tal caso, ¿por qué activó el bot limpiador?

—¿Me lo está preguntando en serio?

—En efecto. ¿No considera que es una discordancia?

—¡Y yo qué sé! Igual se acordó de hacerlo hoy y luego se marchó. —Morrison se rio mientras hablaba—. Igual lo ha puesto el asesino.

—¿Está afirmando que Vidal Conti fue asesinado?

—Yo no he dicho nada de eso, ha sido usted.

—Incorrecto, Morrison Weber, en ningún momento he hecho mención de la palabra asesino mientras he estado en su morada. —El zor-huano inclinó la cabeza, mirando a Morrison con sus ojos facetados—. ¿Por qué supone que Vidal Conti ha sido asesinado?

—¡Yo no supongo nada, está manipulando mis palabras!

—Quizás estaba usted descontento con el comportamiento de Vidal Conti y por eso...

—¡Oiga, si quiere acusarme, hágalo, pero no venga insinuando cosas que no puede probar!

Tenok observó a Vidal durante varios segundos, los dos inmóviles. Dentro de la casa, Lorna tapaba su boca con las manos.

—Disculpaciones, Morrison Weber —terminó diciendo Tenok—. Parece que he errado en mis interpretaciones. Es evidente que usted no ha podido hacer nada, pues dispone de una coartada.

—¡Exactamente! ¡Y si fuese usted un profesional, la habría comprobado!

—Así lo hice, Morrison Weber. Una consulta en la base de datos del Cuerpo ha permitido la verificación de que hoy ha estado usted dando sus clases como acostumbra. Pero hay una cuestión que me perturba: ¿Por qué tenía tanto interés en que hiciera una verificación de su coartada? Fue lo primero que me dijo nada más penetrar en la residencia.

—Usted me preguntó. Yo tenía que defenderme.

—Bien apuntado. Es conocido que todo ser es inocente hasta que haya probación de lo contrario. —El zor-huano usó una de sus extremidades para palpar los músculos del brazo de Morrison—. Perdone mi ignorancia, pero creo que usted es más musculoso que el humanoide promedio. ¿Esto es así por genética o por entrenamiento?

—Una mezcla de las dos cosas, imagino, pero no sé qué tiene que ver con nada. —Morrison se zafó de la pata del aracnoide—. Y no toque este traje, cuesta más de lo que usted gana en un año.

—No soy experto en fisiología humanoide, por eso le preguntaba. Debe ser usted un excelente tutor de gimnasio.

—La palabra correcta es instructor. Y sí, soy uno de los mejores, para qué negarlo.

—Disculpaciones. Instructor de gimnasio, entonces.

—No entiendo nada, edil —dijo Lorna—. ¿A qué vienen todas estas preguntas? ¿Qué tiene que ver con Vidal?

—Si no estoy errado —continuó Tenok, ignorándola—, muchos alumnos han hecho la inscripción en su gimnasio en los últimos meses. Eso son muchos créditos en su cuenta.

—Ya basta de insinuaciones, edil de mierda —contestó gélidamente Morrison—. No sabes con quién te la estás jugando.

—Creo que dispongo de una idea bastante aproximada, Morrison Weber. Permítame una cuestión más: ¿le suena de algo el nombre de Yolanda Lenoir?

—Me suena de algo. —Se sujetó el mentón teatralmente mientras contestaba—. Creo que es el nombre de una de mis alumnas, pero podría equivocarme, pasa mucha gente por mi gimnasio.

—Entonces no tiene usted la seguridad de conocer a Yolanda Lenoir.

—¡Ya le he dicho que no!

—Entonces quizá pueda explicarme por qué había tridimágenes suyas en la residencia de Yolanda.

—Las habrá tomado sin mi consentimiento, no creo que sea algo tan terrible.

—En esas tridimágenes estaban los dos juntos, Morrison Weber. Desnudos. Aunque puedo confundirme en cuestiones relativas a su especie, creo que si dos personas están juntas sin ropa eso implica una cierta complicidad entre ambas.

—¡Está bien! Tuve una relación con Yolanda, pero lo dejamos hace tres meses; eso no es ningún delito, que yo sepa.

—Está usted en lo cierto, Morrison Weber. Parece que voy a tener que hacer la reanudación de mis pesquisas en otro lugar. —Tenok se giró para marcharse, pero cambió de opinión y volvió a encarar a Morrison—. Una última cuestión...

—¿Qué es lo que quiere ahora? —dijo Morrison, hablando entre dientes y sin disimular para nada su furia.

—¿Qué detergente ha usado para lavar sus ropas? Da la impresión de que estuvieran recién lavadas.

Morrison permaneció quieto, serio, mientras miraba a Tenok; de repente, empujó al aracnoide y salió corriendo de la casa. Fue tan rápido que Lorna solo pudo ver como el edil, pillado desprevenido, trastabillaba hacia atrás y su hermano escapaba corriendo. Se asomó a la puerta en el momento en que el edil comenzaba a perseguir a Morrison. Este estaba en buena forma y corría a toda velocidad, pero no tenía ninguna oportunidad frente al zor-huano que, aprovechando el espacio abierto en la zona residencial donde se encontraban, recortó la distancia entre ambos en unos pocos segundos. Saltó sobre su hermano y usó sus extremidades para inmovilizarlo en el suelo. Lorna corrió hacia ellos. El edil sacó una brida de plastifeno de su bandolera y ató las manos de Morrison a su espalda.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué apres a mi hermano? ¿Qué ha pasado, Morris?

—¡No lo escuches, Lor! ¡Está mintiendo!

—Lorna Weber, tengo el triste deber de darle la notificación de que su marido, Vidal Conti, está muerto. Ha sido asesinado por Morrison Weber.

El cónsul del Cuerpo Neil Weber se alejó del aerocar que trasladaría a su sobrina a un centro de salud. La pobre no se había tomado nada bien la noticia de la muerte de su marido y había sufrido un ataque de ansiedad. Cerró los ojos y agradeció que su hermana ya no estuviera viva para ver a su hijo asesinando a su yerno. Eso le habría destrozado.

Delante de él, Tenok Pol aguardaba en el jardín. Varios ediles examinaban el interior y el exterior de la casa en busca de pruebas, mientras el zor-huano balanceaba su cefalotórax arriba y abajo lentamente. Cuando lo destinaron a Castronovo, Weber pensó que era un enchufado más, pero había demostrado con creces su valía. A veces llegaba a la verdad de modos extraños, pero todavía no había fallado en ningún caso.

—¡Pol! —llamó—. Ven aquí y explícame otra vez por qué han tenido que sedar a mi sobrina.

—Como usted diga, cónsul Weber. —El aracnoide se puso rápidamente a su lado—. Lorna Weber ha caído víctima de una crisis nerviosa y la sedación por parte de un equipo médico ha sido la opción más aconsejable para garantizar su bienestar.

Weber se lo quedó mirando. A veces, no sabía si aquel edil era tan literal siempre o solo lo hacía para poner nerviosos a los demás.

—Maldita sea, Pol, eso ya lo sé. Lo que no termino de entender es por qué ha ocurrido y qué tenía que ver la desaparición de Vidal Conti con la muerte de Yolanda Lenoir.

—Entonces haré las aclaraciones oportunas, cónsul Weber. Como sabrá, llevo investigando el deceso de Yolanda Lenoir desde que se descubrió su cadáver hace dos meses. Los informes forenses daban probaciones de que sufría un desorden endocrino por exceso de producción de somatropina, la hormona del crecimiento de los seres humanos. Por motivos entonces desconocidos, su cuerpo estaba generando cantidades ingentes de esa hormona, dándole el aspecto de un humanoide aquejado de acromegalia en grado extremo. Los huesos de su mandíbula estaban tan deformados que murió de inanición, al ser incapaz de abrirlos para ingerir alimento.

—Esa es una manera horrible de morir, Pol. Todo el tiempo que pasó en casa sola, sin salir a la calle, viéndose en el espejo y viendo un monstruo...

—Me encuentro totalmente de acuerdo con usted, cónsul Weber. Pero Yolanda Lenoir no tenía ningún desorden endocrino y su ficha sanitaria no contemplaba antecedentes de este tipo. Por ello, mi deducción fue que algún elemento exógeno había motivado ese desorden y mis pesquisas me condujeron al gimnasio de Morrison Weber. Hice uso de una extremidad protésica para actuar de incógnito y me inscribí en el mismo durante un tiempo para poder continuar mis averiguaciones.

»Durante la semana que acudí a las instalaciones, limité mis relaciones sociales al mínimo. Lo que encontré allí fue que Morrison Weber utilizaba su posición para suministrar pastillas activadoras de la hormona del crecimiento a clientes seleccionados. Mi hipótesis es que Yolanda Lenoir tomó una dosis excesiva, posiblemente aprovechándose de la relación que mantenía con Morrison Weber. Una vez realizado el descubrimiento de esa trama, no podía limitar mi actuación a detener a Morrison Weber, tenía que averiguar el método de obtención de esas pastillas y, aún más importante, quién era el proveedor.

»Abandoné mi actividad encubierta en el gimnasio e investigué los antecedentes de Morrison Weber. A través de su hermana melliza, llegué a Vidal Conti, cuya especialización en química molecular le hacía un candidato adecuado para el rol de proveedor. Las indagaciones fiscales sacaron a la luz una cuenta oculta a su nombre, con más de un millón de créditos, seguramente fruto del tráfico de pastillas potenciadoras de la somatropina. Todo indicaba que Morrison Weber y Vidal Conti eran los culpables de la muerte de Yolanda Lenoir. Por ello, hice una tramitación del informe a su persona, cónsul Weber, para que estuviera informado antes que nadie al afectar a un pariente directo suyo.

—Y maldita la hora que lo leí, Pol. Hiciste bien tu trabajo, todo probaba que el idiota de mi sobrino y su cuñado estaban traficando con sustancias anabolizantes. Lo que no esperábamos ninguno era la llamada de mi sobrina. —Weber se mesó la barba.

—En efecto, cónsul Weber. Si Vidal Conti había desaparecido, lo más lógico era hacer la asunción de que era el cerebro de la banda y que había sido alertado de algún



modo. Con esa asunción vine a la morada de los Conti-Weber, pero era una asunción errada.

»La actitud de Morrison Weber fue defensiva desde un principio y el diámetro muscular de su brazo era mayor que el de la tridimagen que había en la residencia y de lo que había podido percibir durante mi infiltración en el gimnasio. Debía estar consumiendo él mismo las pastillas. Ninguno de esos factores era concluyente por sí mismo, desafortunadamente, pero levantaron mis sospechas. Pero cuando hice una revisión de la habitación de matrimonio vi el bot de limpieza recién puesto a cargar. Lorna Weber había dicho que el bot estaba en marcha y casi sin carga, pero Vidal Conti era, de nuevo según las palabras de su mujer, un desastre en la casa. Es más, si Vidal Conti se había dado a la fuga, ¿para qué dejar el bot ocupándose de la limpieza del hogar? No era lógico.

»Procedí a realizar una revisión de la carga del bot. Había pasado del 80 al 5 por ciento de batería en un mismo día. Como sabe, los bots de limpieza usan un pequeño transformador Temzil para deshacerse de los desperdicios orgánicos y la energía generada sirve para mantenerlos funcionales durante largos periodos de tiempo. ¿Qué es lo que había limpiado ese bot para ocasionar tal gasto de energía? Comenzaba a hacerme una idea de lo que había limpiado, pero necesitaba una última probación y no sabía cómo conseguirla.

»Durante mi diálogo con Morrison Weber, busqué la provocación de alguna respuesta emocional en él, pero ni la mención al bot o a Yolanda lograron que perdiera la sangre fría. Estaba a punto de darme por vencido cuando percibí algo en lo que no había reparado. Si tomamos como cierta la hipótesis de que Morrison Weber había asesinado a Vidal Conti y había programado el bot de limpieza para terminar con el cadáver y limpiar todos los restos del crimen, entonces el siguiente paso era ¿cómo había logrado introducir el cuerpo de un humanoide adulto en el bot? La respuesta era sencilla: cortándolo en trozos más manejables. Obligatoriamente, ese proceso habría tenido que ensuciar sus ropas, unas ropas caras propias de un hombre vanidoso. Morrison Weber estaba incapacitado para salir a la calle con sus ropas llenas de sangre. Pero si luego las había lavado en la casa...

—La mención a su traje lavado podría hacer que se descubriera, como al final hizo. Un trabajo excelente, Pol. Estoy seguro de que el idiota de mi sobrino terminará confesando todo.

—Ya antes de que llegaran los refuerzos pude conseguir una primera confesión, señor. Por lo visto, Vidal Conti había sintetizado un análogo de la somatropina cien veces más potente, con vistas a su uso en la medicina. Al hablarlo con su cuñado, este vio las posibilidades que tendría para los amantes de la forma física y comenzaron a vender el compuesto. Pero Vidal Conti quería terminar con el negocio en cuanto se enteró de los efectos secundarios en humanos y Morrison Weber no estaba dispuesto a terminar con esa fuente de ingresos. Incluso con los pagos que recibía, Vidal Conti

no quería seguir jugando con la salud de otros seres. Puede que sirva de consuelo a su viuda.

—Ojalá sea así. —El cónsul Weber dio unas palmadas en el cefalotórax del zorhuano—. Buen trabajo, Pol, si sigues así pronto alcanzarás el grado de pretor. Por cierto, ¿qué es lo que viste que te inspiró para preguntar por las ropas de mi sobrino?

—No fue nada que visionara, cónsul Weber, fue su fragancia. El traje de Morrison Weber despedía un frescor inconfundible a recién lavado.

## Índice de contenido

Cubierta

Un frescor inconfundible

Nota del autor

Un frescor inconfundible

# UN FRESCOR INCONFUNDIBLE

Una  
historia de  
Tenok Pol



se

MIGUEL ÁNGEL ALONSO

Lectulandia

